

Los Morriones

Cuando una mujer, con voz de soprano, emite sus notas vibrantes y melodiosas, mis ojos, con la ambición de esta armonía humana, se llenan de llamas palpitantes y lanzan dolorosas centellas, mientras que parece retumbar en mis oídos el toque a rebato de la andanada.

Lautréamont

En la fiesta los morriones se elevaron al cielo, lanzados hacia él, inalcanzable. Pero aquello no era un cielo, sí una muerte. Una fiesta de muerte sin cesar.

Se volvió presuroso blandiendo la espada. La fiesta era una muerte en juego, y de un tajo cercenó la cabeza del enemigo que viniese hacia él con la muerte en los ojos. Los ojos de la última mirada cercenada que aún miraban hacia él por el aire, en vez del morrión, mirándole a los ojos, detenidos en la pausa ilimitada. Menos mal, que cayeron boca abajo. No hubiese podido resistir la mirada más tiempo. «Otro, condesa».

En la fiesta se colgaban los morriones, cual farolillos, y se llenaban de aguaardiente. ¿Cuántos morriones quedaban todavía?

Luego tuvo que cercenar el brazo de la lanza que pretendía enristrarle, y el calcañar del potro, túrgido, sobre él, a dos manos, pretendiendo patearle, que montaba el enemigo rosáceo, y el rubicundo, o el de color de cima, o de ciénaga. Y la sonrisa del ceji-junto, y la mordacidad del alevoso.

Tuvo tiempo de mirarla. Blandía una espada de sangre que ardía como una brasa. Todo él era un tizón humeante. Pero sobrevivía. Sobre una colina de inacabables cadáveres.

También tuvo tiempo de mirar el sol. Seguía por el poniente, indolente, cual si el ocaso no le importara gran cosa. ¿No llegaría a ponerse de una vez? Se quedan los soles por los cielos colgados, a veces, a perpetuidad. También el sol era inalcanzable: «El sol y yo... parezco un granadero-dios... algún día me entronizarán en los altares... granaderos...».

La colina de cadáveres crecía sin cesar. Los ríos de sangre corrían, cuerpos y tajos, abajo, empapando la hierba, la hormiga y el suelo. Bien pronto un curso de sangre llegaría hasta el mar, donde se diluiría, probablemente; claro que, por aquellas aguas pantanosas...

En la fiesta, las mujeres del lugar, corrían sobre triciclos de madera enarbolando una caña, hacia el colgadero de morriones, intentando derrumbarlos al pasar. A que el agua de fuego se derramase sobre ellas. En la tierra de la sangre, del alcohol y del amor. En la fiesta los soles alumbraban los costados, caldeándolos. Y las mujeres bañaban su luz ofertadas al granadero dueño del morrión, derramado y elegido.

«Aquella sí que era una fiesta, tierra adentro, para él, condesa». Sólo faltaban bandurrias o atabales. Sólo el silencio no ayudaba. Sólo el silencio era de muerte. Lo demás era para la muerte. Pasaba un enemigo tras otro a su cercén, pasaba una odisea tras otra, se seguían las fintas y las estocadas, quiebros o lanzadas, sangrientas, sucesivas, en silencio. Sin que entre una y otro muerte sonase la banda de música.

El día de los morriones colgados ante la turba de niños venía la banda de música interpretando el pasacalle: rumboso y marcial. Y las jóvenes, al inicio de la jornada, se arrebolaban. Esa jornada para ellas que les encendía el pómulo y el corazón, entibiándolas.

Todo es sangre en la vida.

En un claro, en una pausa, quiso darle la vuelta a la primera cabeza cercenada, la de los ojos interrogantes. ¿Aún miraría hacia él, lastimera? Con la punta de una lanza conquistada, de la que colgaba un pañuelo, ahora comprendía, por sus colores arrebolados, por sus colores vivísimos, de mujer, registró por el osario palpitante de despojos y trofeos, conclusiones y afanes, galones, amuletos, y destinos (cumplidos) la efigie. Estaba allí flotando, sobre el río de sangre, cual si fuese una almadía, apacible; parecía en la orilla, no hizo falta darle vuelta, le miraba.

La mirada no era turbia. Era dulce. Parecía de mujer. Le hablaba:

— ¡Ciérrame los ojos, por favor!

El día de la fiesta de los morriones, recién salido de la academia granadera, pudo montar una mujer. La que le correspondiera en el sorteo del azar. En el juego del envite o del acaso. Su morrión colgaba con los demás lleno de un aguardiente perfumado. De baya de la floresta inmediata. Donde la colada blanquecina. Junto al río azul. Y la mujer adjudicada por la voluntad impetuosa del garrotazo de caña, vino hacia él, empapada, a postrarse a sus pies. El alcohol aromado empapaba el paño de su blusa ciñéndose a sus senos.

Llamó al físico, al botánico, al sobrestante, al capitán, al brigadier, no estaban. Llamó al trompeta y logró romper, por lo menos, el silencio opresivo de la sangre y del sol, con un clatinazo sin fin, sin saber de dónde provenía. Pues el trompeta estaba muerto como todos los demás.

Entonces ya estaba a caballo, galopando. ¡Qué extraño! Sin mácula, dorado y espumeante, el caballo, de parada. Abruzado, las crines flotantes, el rabo trenzado, el pelo encerado y brillante. Que él montaba distendido y galán, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida, la rienda al meñique, el codo en la pera, el sable paralelo a la botonadura de gala. Pues él era aquel rutilante emisario galopando, por el borde del agua azul, un cielo despejado y un horizonte amable. Era así. Galopaba la llanura pautada, cual si se tratara de un claustro o de un palacio, camino de alguna ceremonia usual.

Marcial. La cartela, la cartuchera, la escarpela, el guante, el tahalí, la polaina, el borceguí... El morrión. No. Se miró al pasar en el agua transparente, que opalina, a bisel, la devolvía, espejeante, su triunfal galopada. No. Sin morrión. Ahora llevaba otra vez el bicornio de gala emplumado. Pero seguía bordeando, por su derecha, el llano de cadáveres, y el río de sangre, aunque volviese, consternado, la vista. Tendría cuidado en no mancharse. Mas todos los rostros abatidos miraban hacia él. ¿Qué podrían querer de él, si ya les había dado el definitivo desenlace, la muerte sin destino?

Nuevamente el silencio. Retornaba el silencio. Galopaba, pausado, de parado, versallesco, sí, pero en silencio, como si el territorio que pisase fuese de muselina o de organza, y el campo una abadía, y el cielo una bóveda, y los cadáveres una decoración teatral. Pero, ¡aquel silencio atroz! Clavó las espuelas doradas —claro que eran minúsculas, las

de revista imperial, las menos aguzadas— en los ijares del cuatralbo. A ver si respondía, de dolor, relinchando. Pero no. El caballo servicial estaba acomodado a su sordo ~~cam~~no. Sea el que fuese. Ahora inexplicable.

— ¡Trompeta!

Volvió a clamar. ¿Para qué?

Alguien había allí. Más adelante. Donde concluía el río. Donde concluirían la fanfarría muda de la muerte y las aguas de sangre.

Nadie había allí. Sólo colgaba de dos palos una hilera de morriones. Sangrantes.

Y ahora, ¿galopaba sin caballo? No. Es que galopaba desnudo. Era él. Pero estaba desnudo. ¿Qué fue de su uniforme, sus medallas, el barbuquejo? Y el caballo, ¿era el mismo? Sí, pero no estaba atalajado. Sus crines, sin lazada, se emplastaban en su sudor, y el poderoso anca, se llenaba de barro. ¿o sería de sangre? ¿Sangre otra vez? Y galopaba, aún más deprisa que antes. De una manera sonora, menos mal. El día, la mañana inconclusa, la tarde inacabable, recuperaba el sonido. El mismo sol crepitaba cayendo, que por fin parecía querer caer de una vez. Mucho sol y mucho día era aquél. Y a él también le sonaban los huesos, las articulaciones, la quijada, temblorosa, y los párpados. Lloraba. Crujía su angustia.

Fue entonces cuando pudo apreciar que todos los mariscales de su vida le esperaban. Alineados. Uniformados. Displícites. En un repecho, como si de una balastrada se tratara, al ondear de una arboleda por un parque propicio, el estrado a la sombra de un arbusto frondoso, a una suave brisa vespertina de un imposible mar tierra adentro. El día siguiente al triunfo el día antes de la derrota. Al pie de unos naranjales verdirrojos, cual si estuvieran pintados a mano. Sin poder detener el caballo, tan desnudo como él, que ahora subía, casi sin pisarlos, los peldaños de una escalera interminable, entre enormes jarrones de piedra, hacia el podio.

Por lo menos la colina de cadáveres había quedado atrás. Y los morriones sanguinolentos. Y los senos empapados en sangre. Y el río rojo.

Además los mariscales no parecieron concederle importancia, ni aún estar atentos a su impetuosa llegada, después de galopado el último escalón. Cual si fuesen dos tiempos sucesivos, o dos períodos iguales por distinto tiempo, sobre un mismo lugar, que nunca coincidiesen. Continuaban magestuosos y displícites. Pero, ¿si caballo, o jinete, les salpicaban con su sudor? Pues, simplemente, se sacudían, cual si de un moto de polvo, intemporal, se tratara, con sus blanquecinos pañuelos fruncidos, guardados a la empuñadura de sus doradas bocamangas. Allí donde se coloca el amuleto, la minuta o el rapé. ¿Qué mariscales eran aquellos?

Uno, al cruzarse con él al galope, retomó el catalejo. Parecía estar avizorando la intendencia. En plena campaña. Como buen mariscal, desde lejos. Y pudo así identificarle reconociéndolo. La ambarina patilla teñida, la cicatriz hendida, el ojo estrábico, y el cristalino dulce, de un mirar ambiguo, con el galón malváceo de una orden continental. Y no era el único. También estaban deambulando, por la pausada balastrada, sin enterarse de su paso, otros mílites excelsos, próceres de la guerra continua, entorchados. Todos reconocibles. De estrado o altozano, vaguada y maniobra. Allí el contrahecho de luz en la pupila, y el elegido, joven, criticado por serlo de tan tierna edad, la

que aún menguaba su mirar purísimo, casi de adolescente, o el huesudo, altivo y al cabo, en la memoria, de la historia, más atribulado y concienzudo. O el elegido de los avatares.

Mas seguía galopando. Iban quedando atrás. Sin denotar un ápice su paso, los mariscales, continuando su magestuoso y pausado caminar del tiempo de la crónica, por la tildada efeméride. Y eso que los transitaba al galope turbulento, estatuas ellos, mensajero él, sin respuesta, ni noticia.

Y al acabose de la balaustrada el inicio de la orilla del mar, por la cinta sin límite de la playa. Infinita y argéntea. Donde ahora sí, rotundo, podía el galope dibujar su huella, horadándola, declarando su paso entre ola y ola, antes de que retornase la marea. El mar. Espuma. ¿Podría detener su galopar de vértigo por la arena? ¿Aquel caballo era el suyo? Había un caballo dentro del mar. ¿Flotaba? ¿Aquel caballo que parecía relinchar sobre las olas era el suyo, luchando por salvarse del abismo? Los caballos se defienden en el agua. Todos los cuadrúpedos saben nadar. ¿Se iba a ahogar? ¿Qué hacía, entonces, que no lo salvaba? ¿Por qué estaba él tumbado, de bruces, otra vez, y la vista empedrada en la arena, mirando hacia el oleaje del mar donde debatíase la cabalgadura, sin intentarlo salvar?

Un extraño peso se lo impedía. Como si fuese el peso de su sombra. Volvió los ojos hacia el sol. Desmesurado, su calor lo claveteaba, sobre el arenal, con sus dardos fueguinos. Cual si sus rayos fuesen cordeles de luz. ¿Hay algún mar en que el sol no se ponga bajo el agua? ¿Era él aquel —después— personaje de etiqueta que recorría el acantilado? ¿Con su bastón, su camafeo y su fajín de seda? ¿Su monóculo y su sombrero de tubo? ¿Cual si de un estirar las piernas, de la indolencia matutina, se tratara? Entre instancia y negocio...

Volvió los ojos hacia el mar por donde desapareciera, tragado por las olas, el caballo. Una mar y una playa ilimitadas. Sin vela, ni vivienda, alguna. Creyó entonces que los frailes le seguían, sorprendiéndole.

Pero él no era él, ni aquel personaje de bastón ciudadano. El era él mismo, desnudo aún, aún de bruces sobre el lecho de arena. Al que las gaviotas sonoras graznaban, las algas acomodaban y los crustáceos indagaban. Del suelo marítimo brotaban surtidos salados. El era el de siempre, y su persona, idéntica. Solitaria y postrada.

Algo vino a pagarle el esfuerzo, la osadía, de rédito, despertándole de su ensimismada continencia. Algo inquisitivo y húmedo, coercitivo, explícito. La lengua de, otra vez, un caballo, otro caballo, ahora diferente. Aquel cuatralbo, este lunanco, y cordial que, inclinando sobre la lámina en honda de su cuello, lo lamía.

Y no sólo el caballo se mostraba cariñoso con él. También su jinete, hembra, conocida, reconocida y adorada, se apeaba, dispuesta y sonriente. Era ella, otra vez, en la urgencia debida, ya desnuda. Sin preámbulos. Que venía dispuesta a reanudar el coloquio, en el mismo lugar donde quedara interrumpido, en el mismo lugar donde quedara, de sus brazos, pendiente. Quien a su alcance, arrodilló su esbeltez, «no debiste alejarte», enmarcando bajo el cuadro que el cielo azul a su vista extendía, el límite próximo de su figura íntegra y palpable, cintura, talón y omoplato; sien, garganta, esternón y ombligo, codo, cuadril, nalga e ingle, «no es necesario que montes a caballo, puedes montarme a mí», el lunar en la rodilla, tendiéndose a su lado; donde para igualarse,

se revolcaron previamente por la arena, para después quedar, debidamente machihembrados.

Y el caballo lunanco se introdujo lo bastante por la orilla, en el mar hasta llegar a dar con el caballo cuatralbo submarino, y sacarlo del agua con cuidado.

Bernardo Víctor Carande

